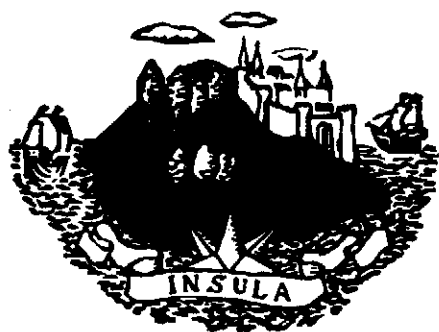


INSULA ~ 720



REVISTA DE LETRAS Y CIENCIAS HUMANAS / DICIEMBRE 2006



AÑO LXI
INSULA,
LIBRERÍA,
EDICIONES Y
PUBLICACIONES. I

REDACCIÓN Y
ADMINISTRACIÓN
VÍA DE LAS DOS CAS
ÁTICA, ED. 4
28224 POZUELO
DE ALARCÓN (MA)
(ESPAÑA)
TEL. (91) 784 82 37
FAX (91) 352 50 20
E-MAIL: insula @ esp
www.insula.es

DEP. LEG.: M. 210-1
ISSN: 0020-4536

DE VARIA LECCIÓN: JUAN CHABÁS, CRÍTICO LITERARIO: *LITERATURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA (1898-1950)*, Yvan Lissorgues.—*EL JARAMA*, DE RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO, MEDIO SIGLO DESPUÉS, Pedro Carrero Eras.—NUEVOS DESCUBRIMIENTOS SOBRE *RIMAS*, *ARIAS TRISTES* Y *JARDINES LEJANOS*, DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, José Antonio Expósito Hernández.—LOS JUEGOS LÉXICOS EN LA POESÍA DE PEDRO SALINAS, Montserrat Escartín Gual.—LOS ESCENARIOS DE LA CONFESIÓN: EN TORNO A UNA LECTURA CRÍTICA DE LUIS GARCÍA MONTERO, Leopoldo Sánchez Torre; **CRÍTICA E HISTORIA:** *DE LA AUTOBIOGRAFÍA: TEORÍA Y ESTILOS* DE JOSÉ MARÍA POZUELO YVANCOS, por Celia Fernández Prieto.—*IMÁN Y DESAFÍO* DE JORDI DOCE, por Jaime Friede.—*PENSADORES CLAVE SOBRE EL ARTE: EL SIGLO XX*, por Miguel Salmerón.—*OBRAS COMPLETAS* DE ESPRONCEDA, por Santiago Reina López; **CREACIÓN Y CRÍTICA:** *LA RUTA DE OCCITANIA. POESÍA REUNIDA (1972-2006)* DE J. L. GIMÉNEZ-FRONTÍN, por J. A. Masoliver Ródenas.—*LA SANGRE DE LOS FÓSILES* DE JOSÉ MARÍA MICÓ, por Luis Gómez Canseco.

Los distintos motivos de esta poesía, presentes ya desde sus primeros poemas, están íntimamente relacionados y se enriquecen recíprocamente. El amor está expresado eróticamente, la saliva, los besos, la comunión de las lenguas, los muslos enlazados, el pubis desnudo, la alegría de la carne, para expresar «las formas infinitas del deseo» que lleva a un placer sin rostro, a un caos gozoso, a un instante demorado, una cópula sagrada que es «el vuelo gozoso hacia el ardor del cielo», altar o cadalso que nos lleva, como flecha desnuda, a «la visión prohibida de un Edén imposible». El amor es «fugaz o estrellado», tiempo o eternidad, y es así como recorremos «los laberintos del cuerpo» para sumergirnos en «las fosas del tiempo» y regresar al «negro origen del tiempo». Un origen que nos lleva a «la gloria del instante», porque a lo que aspiramos, de nuevo en el reino del silencio, no es a los instantes sino al nombre, a «los instantes vividos en olvido perfecto».

Nadie puede negar la realidad del tiempo y de la muerte, «la temida e inconcebible muerte», pero en la misma materia descubrimos el instante de la eternidad, «el alma sin principio ni fin de la materia», «el centro secreto de la materia viva», «las potencias conscientes de la luz y la piedra». Frente a esta iluminación está la amenaza de las sombras que es, en cierto modo, el misterio de la palabra poética, un «diluirse en las sombras», una memoria perdida y «un recuerdo de los días de luz». Es decir, que hay una «presencia de lo negro en la luz portentosa» y, por lo tanto, una aceptación del caos.

No nos encontramos, pues, ante una poesía idílica, pero sí que aspira al idilio del alma y de la luz que nos revela la cópula sagrada y la armonía, la «recreada armonía al borde del abismo», la armonía de las piedras labradas y la «atrapada en una perla flotante». Y es así como, «contra la orgía de los dioses bárbaros», «la niña escucha respirar a Visnú».

Poesía, pues, de fuerzas opuestas que buscan armonía, palabras que buscan el silencio, carne humana que aspira a ser carne divina, abismo y elevación, rechazo de

las apariencias y aceptación y necesidad humana del misterio de los sentimientos, del tiempo y de la palabra o, como dice en la sección VIII de otro de los poemas centrales del libro, «Testamento de Mileto», poema hecho de «sombra y despojo», «Ah, ese velo que crea/ y seduce o abisma»; «Ah, ese rostro hermosísimo,/ cuyo nombre adivino/ y moriré sin ver» o, como dice en «Rilke en Ronda», «cantos de precisión en la penumbra».

Una poesía como ésta, que vive en el caos y en la armonía, en la eternidad del alma de la materia o de la cópula sagrada y en el espacio impenetrable del tiempo, es inevitable que acepte en su interior todo tipo de medidas métricas y una gran variedad de expresiones, desde la audacia vanguardista a la esencia más pura de la lírica, pasando por lo prosaico y lo cotidiano, la delicadeza oriental y el desbordamiento barroco. Una poesía que aspira a la antirretórica, a una desnudez que es muy poco frecuente en nuestra tradición y que encuentra su más alta expresión en la mística, ya sea la de la heterodoxia católica como la de la extremada liviandad oriental. Desnudez, llena de versos de una altísima intensidad poética que no rechaza los baudelerianos «pétalos nauseabundos» y que es asimismo un recorrido, de la de nuevo baudeleriana «invitation au voyage» de cuando «el futuro todavía era imagen vaporosa de cargueros que derivaban por el mar de oro de un verano sin fin», este homérico viaje que lleva al «reino del perpetuo instante», «a punto de enrollarnos hacia un nuevo naufragio».

Y si me he apoyado a lo largo de esta exposición en los versos del poeta es para mostrar que no hay nada de engaño o de halago en lo que he dicho, puesto que he hablado desde el territorio del poeta que es, aquí, el reino de la iluminación.

J. A. M. R.— ESCRITOR Y CRÍTICO

JUAN ANTONIO
MASOLIVER
RÓDENAS /
LA MIRADA...

LUIS GÓMEZ CANSECO / CONTRA EL OLVIDO Y CONTRA EL TIEMPO: LA POESÍA DE JOSÉ MARÍA MICÓ

Con la docilidad que otorga la ignorancia, una buena parte de la literatura española contemporánea se desliza por las sendas que las editoriales, los cenáculos, el mercado o la crítica le han trazado. La decisión puede resultar razonable, sensata y, sobre todo, cómoda: no hay que pensar, no hay que decidir y tampoco hay que leer. El escritor se instala así en la escritura como en un paraíso por estrenar, y como un nuevo Adán para el que no hubiera habido otra literatura antes que la suya —salvo para copiar de vez en cuando, eso sí— asienta sus reales en el negocio. Pero para su desgracia la literatura se alimenta de la propia literatura casi en la misma medida en que lo hace de la vida: es más, contempla la vida a través del cristal que la tradición literaria le ofrece, ya sea para romperlo o para compartir la perspectiva. Sirva todo esto para situar a José María Micó en el bando contrario, quiero decir en ése que acude a la tradición para construir un discurso contemporáneo, que domina los recursos del arte literario y que se sirve de ellos para poner ante el lector palabras nuevas que lo acompañen en su propia vida.

La sabia selección de lecturas, la claridad en la plasmación de las ideas o la maestría en el uso de la técnica poética en ningún caso pueden ser un baldón, sino un gesto de lucidez, de singularidad y —permítanme escribirlo— de indocilidad frente al adocenamiento. No sé si adrede, pero uno de los poemas del libro se abre con una reveladora cita de Juan Ramón Jiménez que afirma: «Lo difícil cansa a los fáciles; lo fácil, a los difíciles» (p. 99). Libreme Dios de confundir lo difícil con lo oscuro, pues la poesía de José María Micó es sencilla, pero no simple: su sencillez nace de un ejercicio de inteligencia y de una opción que se asienta en la tradición literaria occidental. De esa tradición mana el uso contenido de la imagen, la verbalización limpia del mundo interior, el control sobre la escritura y un fértilísimo apego a la forma. Creo que es esto último y, en especial, el preciso manejo de la métrica uno de los signos que identifican los versos de Micó. Como Jaime Gil de Biedma, José María Micó ha mantenido el propósito permanente de ensayar una poesía moderna en los cauces estróficos que ofrece la tradición. No sólo se trata del uso fino y sistemático de endecasílabos y heptasílabos que termina por conformar un tono en el discurso poético, sino de la construcción de textos profundamente asentados en la contemporaneidad literaria o emocional sobre estrofas y modelos métricos tradicionales, tal como hace en el soneto «*Lo fugitivo permanece y dura*» (p. 113), en «*Isla de cinco puntas*» (p. 75) o en «*Sucesiones*» (p. 95).

Estas constantes pueden seguirse a lo largo de toda la obra poética de José María Micó desde *La espera* hasta esta última entrega, titulada *La sangre de los fósiles*. La paradoja que formula el título entre la sangre necesariamente móvil y el fósil inerte por naturaleza nos sitúa de lleno en los dos temas mayores de la obra: lo que de muerte hay en toda existencia y la continuidad de la vida más allá de la propia muerte. Tal como explica el poeta, algo conduce de modo inexorable a la muerte en cada uno de nuestros actos —«En cada hijo se renueva el rito / de la extinción» (p. 77) —; no obstante, la vida se sostiene tozuda más allá de sí misma, en las acciones de otros, en la contemplación, en la lectura y hasta en lo que queda del cadáver:

Como este perro muerto de Pompeya,
vivo en la obstinación de la ceniza. (p. 145)

La disposición del libro busca una simetría perfecta. De las cinco secciones que lo componen, la primera y la última —«Principio» y «Final»— constan de un solo poema, mientras que las tres secciones centrales —«Ser y estar», «Tránsitos» y «Divieto di sosta»— tienen veintidós poemas cada una ellas. Desde sus mismos títulos, las cinco partes constituyen un organismo en progresión, que arranca con el prelude de «Muchacha vieja». Como en los cancioneros petrarquistas, el poema inicial se convierte en toda una declaración de intenciones literarias. El poeta nos sitúa en ámbitos que van a ser trascendentales para el resto de la obra: el yo como punto de partida, el diálogo con el otro o consigo mismo, el amor como un acto maduro y difícil, el paso del tiempo o la literatura, a la que aluden los últimos versos del poema. Al mismo tiempo, se predispone al lector hacia una concepción singular de la lengua poética, en la que cabe el vodka junto con los versos de Ariosto, el chiste a lo Campoamor del décimo fósil al lado de la reflexión meditativa o el gesto verbal del albañil subido en el andamio, que cambia de sentido al convertirse en verso:

Muchacha, ven aquí. Voy a decirte
lo que nunca te han dicho, voy a hacerte
lo que jamás te han hecho... (p. 15)

José María MICÓ: *La sangre
de los fósiles*. Tusquets, Barcelona,
1996 pp.

FUNDADORES: ENRIQUE CANITO Y JOSÉ LUIS CANO
CONSEJO EDITORIAL: JOSÉ LUIS ABELLÁN, JOAQUÍN
ÁLVAREZ BARRIENTOS, IGNACIO ARELLANO,
FRANCISCO AYALA, LAUREANO BONET, CARLOS BOUSOÑO,
GUILLERMO CARNERO, RAFAEL CONTE, CLAUDE COUFFON,

ÍNSULA 720
DICIEMBRE 2006

23

TEODOSIO FERNÁNDEZ, LUCIANO GARCÍA LORENZO,
LUIS GARCÍA MONTERO, LUIS GÓMEZ CANSECO,
FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA, JOSÉ MARÍA MICÓ,
CAROLYN RICHMOND, DONALD SHAW,
JAIME SILES Y GONZALO SOBEJANO

LUIS GÓMEZ
CANSECO /
CONTRA
EL OLVIDO...

Es una lengua en la que lo coloquial, lo culto, lo humorístico y lo elegíaco se mezclan en una sabia pócima, suministrada poco a poco al lector en las siguientes secciones. La primera de ellas, «Ser y estar», ha de considerarse como un único poema, a pesar de que se presenta dividida en veintidós fragmentos. No sólo hay continuidad en las ideas, sino en el curso narrativo, argumentativo y hasta gramatical. Con esa conciencia hay que leer la serie para llegar a su justa comprensión, por mucho que cada uno de los poemas pueda tener una lectura independiente. La opción por la fragmentación está, sin embargo, justificada por el buscado contraste entre la esencia única del ser y el movimiento en direcciones múltiples que representa el «estar» del título. José María Micó reflexiona en estos versos sobre la propia identidad y su transformación a lo largo del tiempo («Y te palpas el cuerpo como echando de menos / un cuerpo con más vida» p. 51); sobre las personas y las cosas que nos rodean; sobre las otras vidas posibles y no vividas, como en «Soy tal vez el que estuvo en cierta calle» (p. 43); o incluso sobre la contemplación de unas vidas ajenas («Tras las paredes / de estas aletargadas construcciones sé lo que hay: / un viejo que agoniza, un colchón orinado, / un cincuentón que a solas / remeda las hazañas / de una revista obscena, un fogón con comida en que se enfría / una mujer», p. 39), que repentinamente se resuelven en ficción:

A todos los conozco
y no saben que existo,
que ellos existen porque yo los pienso,
porque los creo para ti,
para que tú,
que sin salir de casa los has visto
(un somier viejo, una mujer guisando,
un hombre solo de mirada flácida),
vuelvas a imaginártelos un día. (p. 41)

Aun siendo la sección menos transparentemente literaria, caben en ella guiños como la «barcaza y su infinita muerte» del primer poema (p. 21), que remite a la tradición simbólica grecolatina; como el cernudiano «Era la juventud brillo sin mancha» (p. 31); o como la cita irónica de un verso del canto V de la *Divina comedia* en «caigo "como cuerpo muerto cae"» (p. 27).

Desde su propio epígrafe, la sección «Tránsitos» ahonda en la paradoja del libro, pues ese estado de transformación viene acompañado de once fósiles. Cada uno de esos fósiles son composiciones breves de uno, dos o, a lo sumo, tres versos, que se presentan al lector como sentencias —1, 2, 4, 5, 6 y último—, como observaciones de la naturaleza —3, 7 y 8— o como simples juegos —9 y 10—. Alternándose con los fósiles se insertan diez poemas que atienden a diversos aspectos de la existencia. Algunos se ocupan de la muerte colectiva o individual, como «Nombres de Atocha», «La noche triste» o «Cementerio alemán», dedicado a un extraño y apacible enclave en el paseo que lleva de Cuacos al monasterio de Yuste:

Ciento treinta soldados alemanes
sin la mutilación de la vejez,
muertos y juntos
desde siempre quizá como muñones de una patria ilusoria
que aquí, lejos de casa, se ha formado
con jóvenes despojos.
Como un himno hecho solo de silencios. (p. 88)

A ellos se unen, entre otras reflexiones sobre lo humano, cuatro poemas que me parecen excepcionales y que a su vez desarrollan cuatro posibilidades originales en la poesía contemporánea. El primero de ellos es «Gramática del ser», que se presenta como un mero juego escolar: «Yo soy. / Tú eres. / Él es. / Nosotros somos. / Ellos son. / Pero si me creéis, allá vosotros» (p. 71). Le siguen un brillante ejercicio metafórico en «Isla de cinco puntas»; un homenaje sentimental y risueño al Juan Ramón Jiménez engañado por la ficción de una imaginaria «Georgina Hübner de Jiménez»: «Por que yo te comprendo y te disculpo: / el oro del Perú, ¿quién no lo busca?; / el cebo del amor, ¿quién no lo muerde?» (p. 99); y, por último, «Sucesiones», un ejemplo perfecto de cómo puede hacerse una poesía culta y moderna sobre estructuras métricas populares. José María Micó ya había ensayado esa posibilidad en *Letras para cantar*, publicado por Pamiela en 1997, y aquí la retoma para referir una historia de amor tabernario con un pulso que recuerda al mejor Lope:

Algunas noches
las mujeres se suben
a la cabeza.
...

Es el instante,
no un vodka con hielo,
lo que ahora apuro.
...
No nos miremos.
Es hora de tocarse
sin miramiento.

Estamos solos,
y encima de la cama
sobran los versos.

Para el título de la cuarta sección del libro se ha reservado el texto de una señal de tráfico italiana, «Divieto di sosta», esto es, «Prohibido aparcar». Pero no se trata de un alarde lingüístico ni de una mera ingeniosidad, sino de una alusión irónica al continuo devenir de la existencia, al que también apuntan los versos de Ariosto que abren la serie: «Cercò le selve, i campi, il monte, il piano...». Estos veintidós poemas recogen un viaje por Italia, que arranca y finaliza en Nápoles, y en el que se recorre el paisaje literario y cultural que ha vivido el poeta. Quevedo aparece en un soneto romano; Dante, como no podía ser de otro modo, en «el medio del camino»; Fellini con la esquila mortuoria de Pupella Maggio; comparecen también Leonardo, Jaén Brueghel, el pecho manoseado de Julieta en Verona o las niñas que contemplan al espectador desde un óleo de Emilio Longoni:

La mayor mira con melancolía,
la pequeña sonrío.
Y pienso sin quererlo en multitudes
de parejas de hermanos:
tal vez mi hermano y yo,
o mi otro hermano y yo,
o cualquier paseante
que al avanzar el día
se convierte en hermano de sí mismo,
un extraño con aires de familia,
cada vez más ajeno al niño que sonrío.
Procuro no ver nada
bajo la luz grumosa de este lienzo,
para evitar deciros
que la edad nos instruye en la tristeza.

Junto a todos ellos, se percibe la presencia permanente de Ludovico Ariosto en su propio paisaje histórico y haciéndose vivo en la lectura del poeta. No hay que olvidar que José María Micó estaba traduciendo el *Orlando furioso* en los mismo años en que componía de *La sangre de los fósiles*: «...te desgastó los ojos su incesante / gesta de paladines sudorosos / y de virginidades imposibles. Has vivido sin tregua en sus estancias / perfectas como un fruto. No te quejes» (p. 135). Estos mismos versos apuntan al conflicto irresoluble que late en esta serie entre el arte y la vida, entre la lectura y las barras de los bares, entre el estallido de la existencia humana y el paisaje de unos «libros mejor hechos que nosotros» (p. 143).

El poemario se cierra con «La sangre de los fósiles», donde viene a condensarse todo lo anterior en dos versos que se formulan como una sentencia: «Por nuestra espesa y envarada sangre / circula la semilla de una bala» (p. 153). Desde el «Principio» y hasta ese momento, el poeta ha compartido diálogo y reflexión con su lector, en un tú a tú lleno de emoción contenida, de ironía y hasta de humor a veces, que esconde la conciencia de lo transitorio del ser y la melancolía del presente contra el fondo ineludible de la muerte. Pero no todo acaba ahí. A ese lector aún le espera una «Noticia de tiempos» al final del libro, que también forma parte de él. Esa página nos detalla los espacios, los momentos y las personas que dieron lugar a cada poema, con una voluntad expresa de luchar contra el olvido y contra la derrota constante que el tiempo nos infringe y que Garcilaso cifró en dos versos terribles: «Todo lo mudará la edad ligera / por no hacer mudanza en su costumbre».

La sangre de los fósiles es un libro imprescindible en el panorama de la poesía española contemporánea. La literatura, la reflexión, la ironía y el juego dan lugar a un modo poético que no renuncia ni a la modernidad de la propia vida, ni a la tradición poética en la que se asienta. Con serenidad y sin alardes, José María Micó ha desplegado ante el lector sus trabajos y sus días en un poemario escrito para gentes que, de verdad, gustan de la literatura. Pasen y lean.

L. G. C.— UNIVERSIDAD DE HUELVA



Esta revista es miembro de
ARCE (Asociación de Revistas
Culturales de España)

INSULA 720
DICIEMBRE 2006

24

PRECIOS PARA ESPAÑA:
AÑO (12 NÚMEROS): 58,20 €
AÑO (12 NÚMEROS) ATRASADO: 58,20 €
NÚMERO NORMAL ATRASADO: 5,82 € (sencillo)
PRECIO DE ESTE NÚMERO: 5,82 € (IVA IN.)
PRECIOS PARA EXTRANJERO (AVIÓN):
AÑO (12 NÚMEROS):
EUROPA: 81,20 € (IVA IN.)
AMÉRICA / ÁFRICA: 93,90 € (SIN IVA)
RESTO DEL MUNDO: 106,50 € (SIN IVA)

Realización gráfica e impresión: SAFEKAT, S. L.
Diseño: Enric SATUÉ
Corrección tipográfica: Jacinto Antolín



Esta revista ha recibido una ayuda de la
Dirección General del Libro, Archivos y
Bibliotecas para su difusión en bibliotecas,
centros culturales y universidades de España